

Federico S. Luque



# HERMANDAD & COFRADÍA

*La Primera Novela del Autor*

**DÉJATE  
SEDUCIR**

El Secreto  
Más  
Poderoso  
de Nuestro  
Tiempo,  
que  
marcará un  
antes y un  
después,  
en la  
Evolución  
del  
Desarrollo  
Personal.

**Federico  
Luque**

# Capítulo 1

**E**n aquella tarde otoñal, el frío se dejaba sentir con más intensidad que las últimas semanas. El atardecer ganaba poco a poco la partida, mientras la ciudad de Guadalajara se preparaba para ofrecer su versión de vida nocturna. Las calles perdían la batallaban contra sol y nadie las percibía. A pocas cuadras de ahí, precisamente en una de las entradas oficiales del mencionado bosque, unos vendedores ambulantes comenzaban a recoger todos sus bártulos, dando por terminada la jornada. A partir de esa hora, ya nadie compraba nada y todos pensaban en regresar a su casa.

A pesar del frío y la hora, un hombre mayor vestía de manera refinada y sobria (desentonando en aquel lugar); estaba sentado en una barda de ladrillos que dividía las dos partes del estacionamiento. No parecía tener prisa alguna, y sólo se limitaba a mirar detenidamente a los deportistas que entraban y salían del bosque después de hacer su rutina de ejercicios. Para evitar incomodar a las personas, sólo las miraba por pocos segundos antes de

cambiar la vista al piso, a su reloj, o a cualquier otro lado; pero muchas personas alcanzaban a notarlo, a pesar de su esfuerzo.

El hombre misterioso rondaba los sesenta años, quizás sea por esa razón, que todos decidían ignorarlo, ya que nadie se intimidaba con su presencia. Su porte era elegante, y su arreglo personal no presentaba ningún detalle desagradable o descuidado. Cuando pasaron varios minutos que ninguna persona entró ni salió del bosque, se puso de pie para estirar las piernas, y comenzó a dar muestras de estar cansado. Miró su reloj por última vez y haciendo una mueca, se dirigió a la salida del bosque.

—Otro día más tachado en el calendario —dijo el viejo en voz baja.

Caminó hacia la salida y cuando cruzó la calle en busca de su auto, se percató de que unos metros más adelante, en un Bora color azul oscuro y vidrios polarizados, dos personas estaban en su interior. Al verlos, nuestro hombre mayor esbozó una sonrisa, pero más de frustración que otra cosa, ya que no había nada divertido en que lo vigilaran tan de cerca. Cuando estuvo a pocos metros del Bora, no se sorprendió que uno de los ocupantes se bajara del vehículo y le abriera la puerta de

atrás, invitándolo a subir. Sin el menor titubeo ni vacilación, el hombre mayor se subió en la parte de atrás.

—Aquí cerca del bosque hace más frío que en el resto de la ciudad —dijo el viejo al acomodarse a sus anchas en el asiento trasero—. Ya deben saber que el café con leche a esta hora, no lo puedo despreciar.

—Y le pido que me disculpe, Sr. Ricardo. Como no sabíamos hasta que hora iba a estar, si le hubiera traído el café ya estaría frío de todos modos.

El que habló fue el hombre que estaba sentado en el asiento del chofer y que hacía sólo un momento, le había abierto la puerta al Sr. Ricardo. La persona que estaba sentada en el asiento del acompañante no abrió la boca ni se giró para mirar al recién llegado. Los dos hombres que aguardaban dentro del Bora eran muy jóvenes, ambos rondaban los treinta y cinco años, y estaban vestidos de manera impecable y muy formal: camisa con mancuernillas, corbata y se les podía percibir un agradable olor a perfume.

—Eh, no pasa nada de todos modos. Al rato lo compro. Sé que a ti, Jairo; seguramente se te cruzó por la cabeza. Pero no se diga a otras personas.

—Usted sabe que cuenta con toda mi admiración y respeto, señor Ricardo.

—¡Ya estuvo bien! —sentenció Fabián Casimiro, el hombre que estaba sentado del lado del copiloto mirando fijamente a Jairo. Esperó un instante para asegurarse que su punto había quedado claro, y entonces fue su turno de hablar.

—Ricardo, ¿cómo se encuentra? —dijo Fabián después de un momento, con un tono de voz apropiado para suavizar su impropiedad, al mismo tiempo que se giraba y miraba a los ojos a Ricardo con expresión amistosa.

—Me encuentro muy bien. O mejor dicho, me encontraba muy bien hasta hace un momento, ¿sabes? En la Cofradía me he ganado un título y un apellido. Y ahora que estamos solamente los tres, no veo razón para que no los utilices. Es la norma.

Fabián siguió mirando a Ricardo amigablemente y sin dejarse intimidar, pero sintió que debía explicar su actitud.

—Señor Ricardo Pescador, le ruego me disculpe. Únicamente quería mostrarme amable con usted.

—Disculpa aceptada. Ahora dime Fabián, ¿qué están haciendo por aquí?

—Sólo queríamos ver que siguiera la recomendación del Sr. Juan Pescador. ¿Algún gordito o gordita interesante?

—Hoy precisamente no he visto nada interesante —dijo Ricardo—. Y lo mismo fue ayer, antier y la semana pasada.

—Quizás sea usted demasiado exigente —replicó Fabián.

—Exigente es una palabra chistosa —contestó a su vez Ricardo Pescador—. Únicamente compruebo que estén en un momento receptivo para recibir la sabiduría del Manual, eso es todo.

Fabián no contestó de forma inmediata. Se tomó una pausa de unos segundos que a los tres se les hizo incómoda y eterna. Luego miró seriamente a Jaime a los ojos para asegurarse de que no lo interrumpiera, para después dirigirse a Ricardo.

—*Señor Ricardo...* —comenzó a decir Fabián, pero se interrumpió de imprevisto, pensando y meditando cada palabra que iba pronunciar.

—Señor Ricardo, le pido por favor crea en mis palabras cuando le transmito mi preocupación y deseo de ayudar en todo lo que pueda.

Como Ricardo Pescador permaneció en silencio, Fabián lo tomó como una señal positiva, así que continuó hablando.

—Tengo muy poco tiempo en la Cofradía y si me comparo con Usted, siento que no tengo nada. Pasa que me han informado que han pasado muchos años desde que le entregó el Manual a alguien, y solamente le queda el último. Y el tiempo apremia, ese es el motivo principal de que estemos aquí.

—Sé que así es, Fabián. Y al igual que tú me lo pides a mí, yo también te pido que me creas cuando te digo que estoy preocupado, apurado y trabajando duramente en esto. Y por favor, también quiero pedirte que se lo transmitas a ellos.

—Ellos lo saben —confirmó Fabián—. Sólo quieren ayudarlo a completar su proceso cuanto antes.

Ricardo miró a Fabián unos segundos, como midiendo sus palabras. Luego miró hacia afuera del auto, y le pidió a Jaime que bajara un poco los vidrios. Por dos o tres minutos, ninguno de los tres habló una palabra.

—¿Te dijeron también que fue lo que sucedió, cuando permití la ayuda de la Cofradía hace unos años? —fue Ricardo el que rompió el silencio, dirigiendo la pregunta

a Fabián. Este último no dijo nada, pero asintió levemente con la cabeza.

—Entonces te podrás dar una cabal idea de porque me muestro tan reticente en este momento, ¿verdad?

—Para serle totalmente honesto, Señor Ricardo; sé lo que sucedió hace doce años, pero muy a grandes rasgos, sin tener mayores detalles. Lo único que se me informó, es que existió un desacuerdo y a raíz de eso, una persona murió. Pero no me he formado una opinión al respecto, ni es mi trabajo y tampoco estoy aquí por eso. Juan Pescador tiene los días contados. Por eso es por lo que estamos en este momento hablando con usted. Para persuadirlo de que acepte nuestra ayuda.

—¿Cómo está Juan? —preguntó Ricardo con gesto de mucha preocupación.

—Aún está perfectamente lúcido... y también en sus cabales —respondió Fabián—. Esta mañana estuvimos reunidos en su habitación. Pero cuando empiezan con la medicación, ya prácticamente no se puede contar con él hasta el día siguiente.

Jairo, desde su asiento, miraba indistintamente al Señor Ricardo y a Fabián; y asintió varias veces cuando escuchó el nombre de Juan Pescador. A Ricardo le bastó



mirar a Jairo asentir, para confirmar que los dichos de Fabián eran ciertos.

De nueva cuenta, ninguno de los tres volvió a decir ni una palabra y si bien se hizo un nuevo silencio, esta vez ninguno se sintió muy incómodo con la situación. Estaban como anestesiados. Un grupo numeroso de chicas muy jóvenes, todas en bicicleta, pasaron por la calle al lado del auto y por un momento, sirvió para relajar la tensión que había dentro del Bora. Además, por el barullo que hacían con las risas y los gritos, no se hubieran escuchado a menos que gritaran dentro del auto.

Ricardo miró al cielo, y después de percatarse que varias estrellas brillaban en el firmamento, decidió que era suficiente.

—Una semana a diez días —dijo Ricardo Pescador.

—Perdón, ¿cómo dice? —preguntó Fabián.

—Que diez días como máximo. Si no consigo a alguien en ese tiempo, tomaré la sugerencia que quieran darme.

Fabián miraba atentamente al Señor Ricardo, no muy convencido de la propuesta.

—Tengo tres candidatos, ¿eh? No estoy en ceros.

—Ah, ¡eso está muy bien! —contestó Fabián Casimiro con cierto entusiasmo—. Si lo hubiera mencionado antes...

—Puedes informarles eso a los de arriba, para que se queden tranquilos. Ahora, si me disculpan..., ya es un poco tarde para un viejo como yo.

El mayor de los tres se bajó del auto y sin despedirse, comenzó a caminar en dirección a su automóvil. Sin mirar atrás, escuchó como el Bora se puso en marcha, y se alejaba raudamente de las inmediaciones del bosque.

Ricardo Pescador había conseguido quitarse a la Cofradía de encima por unos preciosos diez días. Si bien se sentía aliviado, algo en la boca de su estómago lo punzaba desde adentro como una flecha al rasgar la carne. Lo de los tres candidatos era una verdad a medias. Era cierto que los tenía. Pero también era cierto que ninguno de los tres, daba el ancho para recibir la sabiduría del Manual.

## Sobre el Autor

Hermanidad & Cofradía es el cuarto libro de Federico Luque, y su primera novela. Argentino que radica en México, comenzó su carrera en Desarrollo Humano en enero de 1996, en su natal Córdoba.

En el año 2008 publica Mentes Ganadoras, en 2011 Mentes Vendedoras y en 2016 Mentes Sagradas.

Más información en <http://federicosluque.com/>

## Otros Libros del Autor

